

Pensar el fragmento desde Gilles Deleuze

Virginia Zuleta

Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes, UNSJ

Resumen

La Modernidad le dio preponderancia a nociones tales como “razón”, “totalidad”, “homogeneidad”, “objetividad”. Centrándonos específicamente en la noción de totalidad, podemos decir que esta fue pensada como una noción “cerrada”, “homogénea”, en otras palabras como un “fundamento”. A partir de Nietzsche estas diferentes nociones han sido puestas en sospecha. Deleuze, circunscripto a la crítica nietzscheana de la Modernidad y partiendo de Bergson, plantea que la totalidad no puede ser pensada ni como cerrada, ni como homogénea, ni mucho menos como un fundamento; la totalidad es siempre abierta. Siguiendo este camino y el que plantea Blanchot sobre la escritura nietzscheana –una escritura que empieza por desembarazarse del todo, de la Unidad, una escritura que pierde el respeto por el todo– consideramos que el fragmento, o una lógica del fragmento, permite romper o desplazar (dicho con palabras deleuzianas) las lógicas dicotómicas, los modos de un pensar homogéneo. Nuestro trabajo se propone transitar algunos textos de Gilles Deleuze para rastrear nociones u operaciones teórico-analíticas (“línea de fuga”, “minoridad”, “rizoma”) que sirvan como disparadores para pensar el fragmento. Se intenta reflexionar sobre el fragmento en su trabajo de ruptura y en su relación con una noción de totalidad abierta y descentrada que no tiende hacia una unidad.

Introducción

Nuestro trabajo se propone rastrear nociones u operaciones teórico-analíticas tales como: “línea de fuga”, “minoridad”, “rizoma” en textos de Gilles Deleuze. Abordamos estas nociones como disparadores para pensar el fragmento, en su trabajo de ruptura y en su relación con una noción de totalidad abierta y descentrada que no tiende hacia una unidad. Partiremos de una reflexión sobre el escribir o como dice Deleuze el escribir *con...* Reflexionar sobre el fragmento permite desplazarnos de las lógicas dicotómicas, posibilita pensar un signo no estructuralista, dejar de lado la noción moderna de totalidad (cerrada, homogénea), noción que era alimentada, en parte, por la idea del origen.

Trabajaremos los diferentes operadores-analíticos bajo la forma de *figuras*. Decimos “figura” con Roland Barthes, la figura “no debe entenderse en sentido retórico, sino más bien en sentido gimnástico o coreográfico; en suma, en el sentido griego: ‘eschema’ (...) es, de una manera mucha más viva, el gesto del cuerpo sorprendido en acción, y no contemplado en reposo” (Barthes, 1999: 13).

Transitar con la escritura

Decimos con Deleuze “la finalidad de la escritura es llevar la vida a un estado de fuerzas no personal” (Deleuze y Parnet, 2006: 59). Esto es, la escritura no posee una finalidad en sí misma, porque la vida no es algo personal.

“El escribir no tiene nada que ver con significar, sino con deslindar, cartografiar, incluso futuros parajes” (Deleuze y Guattari, 2006b: 11), en la noción de escritura deleuzeana el escritor no significa, no construye significados, el escritor inventa *agenciamientos*, *agenciamientos* que lo

han inventado a él. Porque el *él* no responde a un sujeto que produce un enunciado. En Deleuze todo nombre propio es colectivo y si podemos decir que hay “algo” que produce un enunciado eso es el *dispositivo*.¹

Al dispositivo le otorga (por el momento) dos caras: es dispositivo colectivo de enunciación y es dispositivo maquínico de deseo. El enunciado desmonta siempre un dispositivo del cual la máquina es una parte: él mismo es una parte de la máquina, que va a formar máquina a su vez, para hacer posible el funcionamiento del conjunto, o para modificarlo, o destruirlo (Cfr. Deleuze y Guattari, 2006a).

Colectivo de enunciación no es lo opuesto a individual; insistimos no existe ni una diferencia, ni una dualidad entre lo individual y lo colectivo. Los nombres propios, como dice Deleuze, no son nombres de personas, son nombres de pueblos y de tribus, de faunas y de floras, de operaciones militares o de producción (Cfr. Deleuze y Parnet, 2004).

Máquina no va a ser entendida como una simple técnica; ni se dice máquina en sentido metafórico, la máquina es deseo. Lo que produce máquina, estrictamente hablando, son las conexiones, todas las conexiones que conducen al desmontaje. Podríamos decir que máquina se opone a mecanismo:

Una máquina nunca es simplemente técnica (...) los hombres y las mujeres forman parte de la máquina, no solo por su trabajo, sino todavía más por sus actividades adyacentes, en sus descansos, en sus amores, en sus indignaciones. El mecánico es una parte de la máquina, no solo como mecánico, sino también en el momento en que deja de serlo. (Deleuze y Guattari, 2006a: 117)

No hay un “sujeto que produce el sentido”, sin embargo, si hay sentido, o por lo menos podemos decir que diferentes textos de Deleuze están atravesados por lo que denominamos una *problemática del sentido*. ¿Cómo se produce el sentido y qué entendemos por sentido? “El sentido es la cuarta dimensión de la proposición” (Deleuze, 2008: 41). Esto quiere decir que el sentido es lo expresado de la proposición, es aquello que no puede ser reducido a estados de cosas ni individuales, ni a imágenes particulares, ni creencias personales, ni siquiera a conceptos universales, generales. Los estoicos supieron decirlo: ni palabra, ni cuerpo, ni representación sensible, ni representación racional. E incluso puede que el sentido fuera “neutro”, completamente indiferente tanto a lo particular como a lo general, a lo singular como a lo universal, a lo personal y a lo impersonal. Tendría una naturaleza completamente diferente (Cfr. Deleuze, 2008: 41-42).

El sentido como una cuarta dimensión de la proposición es lo que no se deja estabilizar por el significado ni por el significante. El signo es sentido en la medida en que es el acontecimiento el que nos obliga a pensar, el pensar en Deleuze no es una facultad natural del hombre. Esta facultad no natural, esto que nos obliga a pensar, es la violencia del signo. A-significancia es el nombre de esta violencia del signo, es el encuentro de aquello que no tiene nombre, que no significa porque no es ni significativo ni significante. La a-significancia es el sentido que no se deja resumir en la forma del signo estructuralista; la a-significancia como uno de los rostros del *fragmento* permite desplazar la lógica dicotómica a la que se circunscribe el signo estructuralista (significado / significante). Decimos con Deleuze que:

El signo sensible nos violenta: moviliza la memoria, (...) Pensar es pues interpretar, es traducir. Las esencias son a la vez la cosa a traducir y la traducción misma, el signo y el sentido. Se enrollan en el signo para forzarnos a pensar, se desenrollan en el sentido para ser necesariamente pensadas. (1972: 184-185)

1 Si bien el dispositivo produce el enunciado como lo haría un sujeto; él en sí mismo es un proceso que no permite que ningún sujeto sea asignado, puesto que estos no existen sino como engranajes de un dispositivo semejante, no como efectos, ni como productos (Cfr. Deleuze y Guattari: 2006a).

Figuras del fragmento (línea de fuga, minoridad, rizoma)

El dispositivo posee también “*puntas de desterritorialización*, o lo que es lo mismo, que siempre tiene una *línea de fuga* por la cual él mismo huye y hace que huyan sus enunciados o sus expresiones que se desarticulan, así como sus contenidos que se deforman o se metamorfosean” (Deleuze y Guattari, 2006a: 124).

Los individuos o los grupos están hechos de líneas, existen líneas de diferente naturaleza y cada línea funciona con caracteres diferentes en los agenciamientos de los cuales van formando parte. Si bien, se puede comprender que en el pensamiento deleuzeano hay cuando menos tres líneas: la línea de fuga o de ruptura, la línea molecular y la línea molar; por nuestro interés nos situaremos en la descripción de la línea de fuga. Las líneas de fugas los movimientos de fuga que “lejos de suponer una huida fuera de lo social, lejos de ser utópicos o incluso ideológicos, son constitutivos del campo social, puesto que trazan su pendiente y sus fronteras, es decir, todo el devenir” (Deleuze y Parnet, 2004: 153). La línea de fuga es la que conjuga todos los movimientos de desterritorialización.

Este tipo de líneas nos arrastra a través de nuestros segmentos, pero también de nuestros umbrales, hacia lo desconocido, lo imprevisible, aquello que no preexiste. Está presente desde siempre; las líneas de fugas no son una huida del mundo sino que hacen huir al mundo. En estas líneas se inventan nuevas “armas”, para oponerlas a las “armas” del Estado. Nos permitimos pensar el *fragmento* como un “arma”, una máquina de guerra, que lucha contra la homogeneidad, contra los pensamiento hegemónicos, contra un modo de pensar cerrado, rígido; estableciendo uno modo de pensar otro. El fragmento, un modo de escritura, de pensamiento con el alcance de una máquina de guerra, que permite que el sentido sea pensado como fuga.

La huida, la fuga, no es entendida como la renuncia a la acción, o la evasión de la vida en lo imaginario, en el arte. En Deleuze no hay nada más activo que una huida, huir es producir lo real, crear vida, encontrar un “arma”. La huida no es exactamente el viaje o moverse, porque huir no es necesariamente de los demás, sino hacer que algo huya, hacer huir un sistema como se agujerea un tubo (Cfr. Deleuze y Parnet, 2004).

La “literatura menor” traza líneas de fugas. Sus tres características se pueden relacionar con este movimiento. Ellas son la desterritorialización de la lengua, la articulación de lo individual en lo inmediato-político y el dispositivo colectivo de enunciación.

La función de desterritorialización no es otra cosa que el movimiento por el cual *se* abandona el territorio (Cfr. Deleuze y Guattari, 2006b). En Deleuze encontramos tres movimientos relacionados: la territorialización, la desterritorialización y la reterritorialización. Estos tres momentos no constituyen un concepto y su significación es vaga mientras no se lo refiera a otros elementos (territorio, tierra, reterritorialización). (Cfr. Zourabichvili, 2007).

El territorio implica el espacio pero no es una delimitación objetiva de un lugar geográfico, el valor del territorio es existencial y circunscribe para cada uno el campo de lo familiar y de lo vinculante, marca las distancias con el otro y protege del caos. El territorio designa las relaciones de propiedad o de apropiación, y de manera concomitante de distancia, en lo que consiste toda identificación subjetiva. El nombre propio el *yo* solo adquieren sentido en función de un “mío” o de un “mi casa” (Cfr. Zourabichvili, 2007). Ponemos en relación la territorialización, el territorio con la “literatura mayor o establecida”. La literatura mayor es aquella que entre otras cosas funciona con un lengua (denominada materna) de forma molar o dura de territorialización que controla e impide las líneas de fuga, imponiendo una forma de expresión.

La “literatura menor” es la que posibilita que se marquen líneas de fugas de la lengua materna, se desterritorializa la lengua. Esta desterritorialización de la lengua no es otra lengua, sino, precisamente trazar en esa lengua una especie de lengua extranjera, (un devenir otro de la

lengua). Por eso la literatura, como dice en *Crítica y clínica*, (y acá está pensando en la literatura menor), “presenta dos aspectos, en la medida en que lleva a cabo una descomposición o una destrucción de la lengua materna, pero también la invención de una nueva lengua dentro de la lengua mediante la creación de sintaxis” (Deleuze, 1996: 11). De lo que inferimos que el adjetivo “menor” no es una calificación sino, las condiciones revolucionarias de cualquier literatura en el seno de la llamada mayor.

En las literaturas menores todo es político, hay una articulación entre lo individual con lo inmediato-político. En las “grandes” literaturas, el problema siempre es “individual” (familiar, conyugal, etc.); se establece una relación con lo autobiográfico, con lo personal. Los problemas individuales del autor tienden a unirse con otros problemas no menos individuales, en donde el medio social es como una especie de ambiente o de trasfondo. En la literatura menor cada problema individual se conecta de inmediato con lo político. La articulación entre lo individual con lo inmediato-político de las literaturas menores se relaciona con la tercera característica que consiste en que todo adquiere un valor colectivo.

En una literatura menor “No hay sujeto, solo hay dispositivos colectivos de enunciación; y la literatura expresa estos dispositivos en las condiciones en que no existen en el exterior, donde existen solo en tanto potencias diabólicas del futuro o como fuerzas revolucionarias por construirse” (Deleuze y Guattari, 2006a: 31). A este movimiento que realiza la literatura menor, podemos asimilarlo a esa convergencia de multiplicidades de voces, no solo porque conviven varias voces sino también porque cada voz es en sí misma una multiplicidad de voces. (Cfr. Deleuze y Guattari: 2006a).

¿Cómo podemos dar cuenta de esta “multiplicidad de voces”? El rizoma puede ser entendido como una práctica de escritura que pretende dar cuenta de las “multiplicidades”. Es importante aclarar que “lo ‘múltiple’ *hay que hacerlo* (...) de la forma más simple, a la fuerza de sobriedad, al nivel de las dimensiones que se dispone, siempre n-1 (solo así sustrayéndolo, lo Uno forma parte de lo múltiple)” (Deleuze y Guattari, 2006b: 12). Lo múltiple surge cuando es tratado efectivamente como sustantivo, multiplicidad, en la que ya no hay relación con lo Uno como sujeto u objeto, como realidad espiritual, como imagen y mundo (Cfr. Deleuze y Guattari, 2006b).

Todas las características del rizoma o de la formación rizomática se construyen en relación con la noción de multiplicidad, noción que implica la puesta en crisis de la noción de Uno (trabajado en “*Mil Meseta*” bajo la forma del libro-raíz o árbol). El Uno es regido por una lógica dicotómica que reduce cualquier multiplicidad en una unidad totalizadora. El rizoma como tallo subterráneo se distingue de la *raíz* (un solo tronco) y la *raicilla* (un tronco con una multiplicidad de raíces secundarias), los bulbos, los tubérculos son rizomas.

Las características de la formación rizomática nos permiten entender esta multiplicidad, irreductible, inagotable, ya que “una multiplicidad se define, no por los elementos que la componen en extensión, ni por los caracteres que la componen en comprensión, sino por las líneas y las dimensiones que implica en ‘intención’” (Deleuze y Guattari, 2006b: 250). Las características del rizoma son: el principio de *conexión* y de *heterogeneidad*, el principio de *multiplicidad*, el principio de *ruptura significativa* y el principio de *cartografía*. El rizoma (y cualquiera de sus puntos) siempre está en contacto con otro punto, con otro rizoma. Esta conexión se establece de un modo múltiple y acentrado; por ejemplo el aforismo en el pensamiento nietzscheano, siempre apela a nuevas fuerzas que vienen de fuera y que lo atraviesan y lo reformula, fuerzas que vienen a hacerlo funcionar o a provocar su estallido; el aforismo hace que las intensidades sean el estado vivido, estado vivido que es el flujo, y la interrupción del flujo. En este sentido, cada intensidad está necesariamente en relación con otras intensidades; las fuerzas del exterior no se relacionan con la intensidad de modo dicotómico, es decir, su relación no es la imagen y sus copias, el modelo y sus reproducciones, sino intensidades que se relacionan.

La conexión rizomática se relaciona con los dispositivos colectivos de enunciación (no existe un individual que no sea colectivo, todo dispositivo es una articulación con lo social y de ahí con lo político); con la homogeneidad del lenguaje (no existe una única lengua, lo que si tenemos, como dice Deleuze, es una lengua de forma molar o dura que es dominante en una multiplicidad política) y con la ruptura de un orden genealógico. La ruptura en el rizoma es posible porque todo rizoma comprende líneas de segmentariedad según las cuales está estratificado, territorializado, organizado, significado, atribuido, etc., pero también líneas de desterritorialización según las cuales se escapa sin cesar. El rizoma es trabajado como un mapa, es una construcción y no una copia de la realidad, no responde a ningún modelo estructural o a una idea de eje genético. La figura del mapa permite pensar la abertura del rizoma, abertura que permite que el rizoma sea conectable en todas sus dimensiones, desmontable, alterable, susceptible de recibir constantemente modificaciones (ser roto, ser alterado, ser dibujado en una pared, concebirse como una obra de arte, construirse como una acción política o como una meditación, etc.) (Cfr. Deleuze y Guattari, 2006b).

El modo de escritura rizomático es siempre el trazado de líneas de fugas podemos decir la construcción de una literatura menor, que circunscribe a una escritura fragmentaria, en la medida en que el fragmento, rompe con lo continuo, las totalidades, lo homogéneo, los sentidos finales. Pensar el fragmento como figura del rizoma, de la minoridad, de las líneas de fugas, nos posibilita pensar una práctica de escritura acentrada, móvil en la que la multiplicidad es irreducible. Esta práctica de escritura está en relación con el exterior, con la intensidad: “La intensidad solo puede vivirse por la relación entre su inscripción móvil en un cuerpo y la exterioridad igualmente móvil de un nombre propio, y por ello el nombre propio es siempre una máscara, la máscara de un agente” (Deleuze, 2005: 327). Recordar que en el pensamiento deleuzeano los nombres propios no son representantes de cosas, de personas, ni representaciones de palabras, los nombres propios son nombres de pueblos y de tribus, de faunas y de floras, de operaciones militares o de producción (Cfr. Deleuze y Parnet, 2004).

El fragmento, pensado desde una práctica de escritura rizomática, no se reduce ni a lo Uno, ni a lo múltiple, ya que no está hecho de unidades, sino de dimensiones, o, dicho de otro modo de direcciones cambiantes. Postular que el trabajo de escritura es acentrado, móvil y es el producto de una multiplicidad de direcciones cambiantes es desmitificar la idea de “origen” y por la tanto de “filiación”, descentrando la figura del autor concebido como el “padre” del libro. El libro deja de ser una imagen del mundo y pasa a hacer rizoma con el mundo: “el libro asegura la desterritorialización del mundo, pero el mundo efectúa una reterritorialización del libro, que a su vez se desterritorializa en sí mismo en el mundo” (Deleuze y Guattari, 2006b:16). Escribir, es decir, hacer rizoma, trazar líneas de fugas, inventar un “pueblo” menor que no existe, es siempre ampliar nuestro territorio por una desterritorialización, extendiendo las líneas de fuga. Las multiplicidades son planas (plan de consistencia) en la medida en que ocupan todas las dimensiones, no se dejan codificar, esto significa que no disponen de dimensiones suplementarias al número de sus líneas. Las multiplicidades se definen por el afuera: por la línea abstracta, la línea de fuga o de desterritorialización, estas cambian de naturaleza al conectarse con otras, el plan de consistencia (cuadrícula) es el afuera de todas las multiplicidades (Cfr. Deleuze y Guattari, 2006b). Un fragmento se conecta con otro fragmento y este a su vez se conecta con otro y así sucesivamente, ante lo cual es imposible establecer un fragmento como un “origen”, un “principio”, un “fundamento”, la práctica fragmentaria es “ilimitada” y “discontinua”. La discontinuidad de la práctica fragmentaria desplaza la idea de que el trabajo de escritura y el libro poseen un “orden ontológico” que encierra en sí mismo una “verdad” que ocultó el autor y espera ser develada. Esta idea de “verdad” (del libro) es sostenida por una interpretación que suscribe al sentido verdadero, cerrado, total del libro y del mundo.

Abierta la puerta de lo discontinuo es posible hablar de “múltiples entradas” a un texto, de las que no se conoce las leyes de uso y de distribución, puesto que todas las relaciones que se puedan establecer en una lectura no se circunscriben al orden de la necesidad, sino, más bien a un no-orden. Un fragmento no se relaciona con otro fragmento por medio de leyes, las relaciones se dan en un devenir² discontinuo y se establecen y se determinan en el plexo de la máquina, o sea en función con una máquina de expresión. Por esto mismo la lectura que se experimenta en la escritura fragmentaria es siempre una experimentación política, en la que no hay relevancias de las genealogías, ni fundamentos, sino derivas, esto nos permite retirarnos de las unidades, de las jerarquías; solo la necesidad de abordar las multiplicidades, entrar por cualquier extremo, sin que ninguna entrada tenga prioridad (Cfr. Deleuze y Guattari, 2006b).

Consideramos importante aclarar que cuando decimos “una práctica de la escritura fragmentaria” no queremos decir un “simple” fragmento o sea un “segmento” de un pensamiento. Sería erróneo pensar que el fragmento tiene una relación con la extensión, que equivaldría a un texto corto, un recorte de un texto mayor. La escritura fragmentaria apela al desplazamiento de significados totales, al cierre o detenimiento del sentido. El fragmento pensado desde la figura del rizoma, de la minoridad, de las líneas de fuga es un modo de escritura no jerárquico, no signifi- ficante, sin general, sin memoria organizadora o autómatas central, definido únicamente por una circulación de estados. Pensamos el trabajo de escritura como un trabajo fragmentario, múltiple, con dimensiones o direcciones cambiantes, en el que se trabaja desde la multiplicidad, se trazan cortes, mapas, se generan rupturas, pero siempre produciendo multiplicidades de direcciones.

Boceto de conclusiones

La escritura es vista como aquello que no es algo personal, aquello que nos permite llevar la vida a fuerzas no personales, aquello que no tiene que ver con significar. Estas reflexiones con y desde la escritura, nos permitieron abordar algunas figuras deleuzeanas que hemos elegido para pensar y reflexionar sobre el fragmento.

Bajo el cielo de la escritura (escritura que traza líneas de fugas, escritura que es sinónimo de literatura menor, escritura pensada como una práctica rizomática), el fragmento nos permite desplazarnos de las lógicas dicotómicas, nos posibilita pensar un signo no estructuralista, dejar de lado la noción moderna de totalidad y permitirnos pensar una noción de totalidad abierta, descentrada, fragmentaria. Porque cuando decimos “fragmento”, decimos: “Lo fragmentario no precede al todo sino que se dice *fuera* del todo y después de él (...) Cuando Nietzsche dice ‘Me parece importante desembarazarse del todo, de la Unidad, es necesario desmigajar el Universo, perder el respeto del todo’, ingresa entonces en el espacio de lo fragmentario que no garantiza ya la unidad” (Blanchot, 1973: 43).

Por ser lo fragmentario un espacio que no garantiza la unidad, decidimos trabajar bajo la forma de figura, con el afán de escapar de las conceptualizaciones. “Las figuras se recortan según pueda reconocerse, en el discurso que fluye, algo que ha sido leído, escuchado, experimentado” (Barthes, 1999: 14) Consideramos que la noción de figura nos permite no cerrar el sentido, no detenerlo, es decir no pensar el fragmento como una “imagen” o una “representación” de lo menor, del rizoma, de las líneas de fuga. El fragmento pensado desde diferentes rostros, diferentes figuras, diferentes nombres que podemos decir en sentido deleuzeano, él mismo como un nombre propio. Como un *gesto sorprendido en acción* y nos decimos por qué no permitirnos pensar a Deleuze como un rostro más, una figura más, un nombre más, *un gesto constante por no inmovilizar el cuerpo...*

2 Traemos una cita sobre el devenir de relevancia para este apartado: “Devenir es un rizoma, no es un árbol clasificatorio ni genealógico. Devenir no es ciertamente imitar, ni identificarse; tampoco es regresar-progresar; tampoco es corresponder, instaurar relaciones correspondientes; tampoco es producir, producir una filiación, producir por filiación. Devenir es un verbo que tiene toda su consistencia; no se puede reducir, y no nos conduce a ‘parecer’, ni ‘ser’, ni ‘equivaler’, ni ‘producir’” (Deleuze y Guattari, 2006b: 245).

Bibliografía

- Barthes, Roland. 1999. *Fragments de un discurso amoroso*. Molina, Eduardo (trad.). México, Siglo XXI.
- Blanchot, Maurice. 1973. *Nietzsche y la escritura fragmentaria*. del Barco, Oscar (pról.). Revista *Eco* (trad.), de Bogotá. Buenos Aires, Cálden.
- Deleuze, Gilles. 1972. *Proust y los signos*. Monge, Francisco (trad.). Barcelona, Anagrama.
- , 1996. *Crítica y clínica*. Kauf, Thomas (trad.). Barcelona, Anagrama.
- , 2008. *Lógica del sentido*. Morey, Miguel (trad.). Buenos Aires, Paidós.
- Deleuze, Gilles y Parnet, C. 2004. *Diálogos Gilles Deleuze-Claire Parnet*. Vázquez Pérez, José (trad.). Valencia, Pre-Textos.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Felix. 2006a. *Kafka. Por una literatura menor*. Aguilar Mora, Jorge (trad.). México, Era.
- , 2006b. *Mil Mesetas*. Traducción de José Vázquez Pérez, José (trad.). Larraceleta, Umbelina (colab.). Valencia, Pre-Texto.
- Zourabichvili, François. 2007. *El vocabulario de Deleuze*. Traducción de Victor Goldstein, Víctor (trad.). Buenos Aires, Atuel.

CV

VIRGINIA ZULETA ES ESTUDIANTE DE LA LICENCIATURA EN FILOSOFÍA DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA, HUMANIDADES Y ARTES DE LA UNIVERSIDAD DE SAN JUAN. TRABAJA EN EL PROYECTO DE INVESTIGACIÓN “EL VOCABULARIO SEMIOLÓGICO DE ROLAND BARTHES SEGUNDA PARTE”, RADICADO EN EL INSTITUTO DE LITERATURA RICARDO GÚIRALDES, PERTENECIENTE A LA FFHA DE LA UNSJ.